

V

EL TEMPLO

Rodolfo no participó de la admiración de Alegria á la vista del Templo, pero se sorprendió, sin embargo, al ver aquel enorme bazar dividido en cuadros y galerías. Hacia el centro de la calle del Templo, no lejos de una fuente situada en un ángulo de una gran plaza, se descubre un inmenso paralelogramo de madera con techo de pizarra. Este paralelogramo es el Templo. Por la izquierda corre la calle de Dupetit-Thouars, por la derecha la calle Percée, y se extiende hasta un vasto edificio circular, colosal rotunda rodeada de una galería.

Una ancha calle que corre longitudinalmente por medio del paralelogramo, lo divide en dos partes iguales; y éstas se dividen y subdividen hasta lo infinito por una multitud de callejas que se cruzan en todas direcciones, y están defendidas de la intemperie por el mismo techo del edificio. En este bazar no se encuentra por lo general ninguna mercancía nueva; pero el andrajo más despreciable de paño ó de tela, los pedazos más menudos de hierro, de cobre, de metal ó de acero, encuentran allí quien los venda y los compre.

Allí se ven tratantes en retazos de paño de todos colores, de todas calidades, destinados á remendar los vestidos viejos y rotos. Hay tiendas de montones de zapatos descalcañados, agujereados, rotos, descosidos; cosas sin nombre, sin forma, sin color, entre las cuales se descubren algunas suelas *fósiles*, de una pulgada de espesor, claveteadas como la puerta de una cárcel, duras como el casco de un caballo; verdaderos esqueletos de calzado, cuyas adherencias han sido devoradas por el tiempo. Allí todo está mohoso, arrugado, y corroído, por el uso ó por el tiempo. Hay también vendedores de presillas, trenzas, cordones, seda vieja destejada, retazos de algodón y de hilo procedentes de cortinas desechadas. Otros comercian con sombreros de mujer: estos sombreros que llegan á aquellas tiendas en los sacos de las revendedoras, sufren antes mil transformaciones increíbles en la forma y en el color. Á fin de que esta mercancía no ocupe demasiado espacio en el almacén, que por lo general no es mayor que un enorme cajón, aplastan los sombreros, y luego los amontonan unos sobre otros muy apretados: de modo que, á excepción de la salmuera, viene á ser precisamente el mismo procedimiento que para la prensa de la sardina. Es imposible figurarse cuantas cosas se acomodan por este medio en un reducido lugar.

Al presentarse un comprador se sacan estos trapajos de la presión que sufren; el mercader da con mucho desembarazo y soltura un golpecito con el

puño cerrado en la copa para desabollarlo, estira la entrada con la rodilla, y se presenta á los ojos del espectador un objeto extraño y fantástico, que trae á la memoria esos peinados fabulosos que se ven en las peluquerías, en las tiendas de caricaturas y en las cabezas de los cómicos de provincia. Más allá, bajo el rótulo al *Gusto del día*, en los arcos de la rotonda que está al final de la ancha calle que divide el Templo en dos partes iguales, se veían colgados millares de vestidos de formas y colores más singulares que los de los sombreros viejos de mujer: fraques de paño gris y amarillento, adornados con tres hileras de botones de cobre á lo húsar, con cuellos forrados en piel de zorra;... levitas que han sido *verde botella*, y que con el tiempo se han vuelto de un *verde indefinible*, ribeteadas con un cordoncillo negro, y forradas con una tela escocesa del amarillo más rabioso y chillón;... vestidos llamados en otro tiempo de *cola de ballena*, color de yesca, con gran cuello de felpa de seda y botones que fueron plateados en mejores días, pero que ahora tienen un color rojo cobrizo. En otro lado se ven unas polonesas color de castaña con sus cuellos de piel de gato, y vivos y ribetes de algodón negros y azules: más allá grandes batas hechas de viejos abrigos, á los cuales se ha despojado de la triple esclavina y se les ha forrado interiormente con retazos de muselina estampada; las más elegantes son azules ó de un verde sucio, adornadas con piezas de distintos colores, bordadas con hilo viejo, forradas con una tela encarnada de grandes florones y con cuello y vueltas de lo mismo: un cordón viejo de campanilla hecho de lana torcida, sirve de ceñidor á estos elegantes *deshabillés*. Hay también una multitud de trajes más ó menos raros, en medio de los cuales relucen algunas libreas auténticas de casa real, que diversas revoluciones de todas clases han trasegado de los palacios á las sombrías arcadas del Templo.

Esta exhibición de calzado, de sombreros y de vestidos viejos y ridículos, es la parte grotesca del bazar y la sección de los andrajos disfrazados con pretensión de pasar por cosas modernas; pero debemos confesar que este vasto establecimiento es útil para las clases mal acomodadas, que compran allí con excesiva baratura cosas muy buenas casi nuevas, y cuya inutilidad es por decirlo así imaginaria. Uno de los sitios del Templo destinado á todo lo perteneciente á las camas, estaba lleno de cobertores, de sábanas, de colchones y de almohadas; más allá había tapices, cortinas, muebles de toda especie, vestidos, calzado, sombreros y adornos de cabeza para todas las clases y edades. Estos objetos, por lo general muy aseados y limpios, nada tenían de repugnante á la vista. Los que no conozcan este bazar no pueden tener una idea del poco tiempo y dinero que se necesita, para llenar un carro de cuanto han menester dos ó tres familias para instalarse.

Sorprendió á Rodolfo el modo agradable y apresurado con que los mercaderes, que están en pie delante de las tiendas, procuran atraer la atención de

los compradores; estas maneras, llenas de cierta familiaridad respetuosa, parecen propias de otra edad. Apenas entraron Alegría y su compañero, cuando se oyó resonar por todas partes la voz de los mercaderes, brindándolos con todo lo necesario para arreglar una cama.

— Caballero, entrad y veréis mis colchones, que están nuevecitos: los descubriré por una punta y veréis que hermosa lana.

— Señorita, á mis sábanas de hilo que son mejores que nuevas, porque han perdido el bravío del telar, y están más suaves que un guante.

— Señores novios, hermosos cobertores que no han servido veinte veces. Vamos, linda señorita, haced que vuestro marido venga y me prefiera... tengo cuanto se necesita para poner una casa, y todo por un pedazo de pan... estoy segura de que saldréis contenta y de que no olvidaréis el camino de la tienda de la tía Salmona. Tengo todo lo que queráis. Ayer he comprado de lance cosas soberbias... Vamos, entrad, que ver no cuesta dinero.

— ¡Caramba! vecina — dijo Rodolfo á Alegría — esa mujer gorda debe merecer la preferencia... Me decido por su tienda, porque nos toma por casados, y esto me lisonjea.

— ¡Vamos á la mujer gorda! — repuso Alegría: — también á mi me agrada su aspecto.

La costurera y su acompañante entraron en la tienda de la tía Salmona. Por una magnanimidad acaso sin ejemplo fuera del recinto del Templo, los rivales de la tía Salmona no se incomodaron por esta preferencia, y una de sus vecinas llevó su generosidad hasta el punto de decir:

— Más vale que se lleve los parroquianos la tía Salmona que otro ninguno, porque al fin y al cabo tiene familia y es la decana y el honor del Templo.

Y á la verdad sería imposible hallar un semblante más agradable, más franco que el de la decana del Templo.

— Aquí tenéis, linda señorita — dijo á Alegría que miraba varios objetos con ojo experto y conocedor — aquí tenéis la compra de que os he hablado: dos juegos completos de cama casi nuevos. Si por casualidad queréis un escritorio viejo, pequeñito y barato, allí tenéis uno (y lo señaló con la mano) que he comprado en el mismo lote. Aunque no acostumbro comprar muebles, no he podido menos de tomar ese, que por cierto me lo vendieron unas personas que parecían estar bien miserables ¡pobrecillos! ¡pobre señora! se le partía el corazón al deshacerse de esa antigualla... Parece que era un mueble de familia...

Mientras que Alegría ajustaba con la tendera el precio de algunas mercancías, Rodolfo se puso á examinar el mueble que había indicado la tía Salmona. Era un escritorio antiguo de palo de rosa y de forma casi triangular, cerrado por una puerta anterior, la cual se abría hacia abajo, y sostenida por dos estribos de cobre servía de mesa para escribir. En medio de esta puerta embutida de made-

ras de varios colores, vió Rodolfo una cifra de ébano compuesta de una M y una R enlazadas bajo una corona condal, por donde vino á suponer que el último poseedor de aquel mueble debía pertenecer á una clase elevada. Subió de punto su curiosidad, miró con nuevo interés al escritorio y fué abriendo maquinalmente los cajones uno á uno, hasta que hallando algún impedimento en el último, buscó la causa y vió que había un papel entre el escritorio y el fondo del cajón. Esta papel, que sacó con la mayor precaución, era el borrador de una carta sin concluir. Rodolfo leyó lo que sigue; aunque con alguna dificultad.

« Muy señor mío.

« Os ruego que os persuadáis de que sólo la desgracia más espantosa puede obligarme á dar este paso. Mi desconfianza no es efecto de un vano orgullo, sino de una falta absoluta de antecedentes para pedir un favor; pero mi hija, reducida como yo á la desnudez más miserable y desvalida, me obliga á posponer todo miramiento. Permitidme que os diga dos palabras sobre la causa de los desastres que padezco. Á la muerte de mi marido, me han quedado trecientos mil francos, que puso mi hermano en poder del notario Mr. Jaime Ferrán; y en Angers, á donde me había retirado con mi familia, recibía los réditos de este dinero por medio de mi hermano. Ya sabéis de que modo espantoso ha puesto fin á sus días, pues viéndose arruinado por algunas especulaciones secretas, se quitó la vida hace ocho meses. Antes de suicidarse me escribió algunas líneas para darme el último adiós, y decirme que ya no existiría cuando recibiese su carta; y concluía advirtiéndome que no poseía ningún título con respecto á la suma que estaba en poder de Mr. Jaime Ferrán, porque éste era el mismo honor, la misma integridad y la piedad personificadas, que jamás le había exigido recibo, y que solo tenía que presentarme á él para arreglar inmediatamente el negocio. Al momento que me lo permitió el dolor causado por la muerte desastrosa de mi hermano, vine á París, en donde á nadie conocía sino á vos, é indirectamente y tan sólo por las relaciones que habíais tenido con mi marido. Ya he dicho que toda mi fortuna consistía en la cantidad depositada en poder de Mr. Jaime Ferrán, cuyos réditos me giraba mi hermano de seis en seis meses; y como había transcurrido más de un año desde el último pago, me presenté á Mr. Ferrán para pedirle la renta, de que tenía ya gran necesidad. Apenas le dije mi nombre, cuando sin respetar mi aflicción prorrumpió en acusaciones y denuestos contra mi hermano, por haberle pedido prestados 2,000 francos, que su muerte le hacía perder, añadiendo que no sólo era su suicidio un crimen horrendo ante Dios y los hombres, sino también un robo de que él mismo era víctima. Este lenguaje me llenó de indignación: la probidad de mi hermano era bien conocida de todos; y aunque era cierto que había arruinado su fortuna en especulaciones aventuradas y peligrosas sin saberlo yo ni sus amigos, había

muerto con una reputación sin mancha, llorado de todos, y sin dejar ninguna deuda, excepto la del notario. Respondí á Mr. Jaime Ferrán que lo autorizaba para cobrar al instante los 2,000 francos que le había pedido mi hermano, de los 300,000 que yo tenía en su poder... Al oír esto me miró estupefacto y me preguntó de qué 300,000 francos le hablaba. « De los que mi hermano ha depositado en vuestra casa, señor Ferrán, y de los mismos cuyos réditos me habéis pagado por medio de él, » le respondí sin comprender el fin de su pregunta. El notario encogió los hombros, sonrió de lástima como si mis palabras no tuvieran fundamento, y me replicó que lejos de haber puesto mi hermano dinero alguno en su poder, le había pedido prestados dos mil francos. Sería imposible describirnos mi espanto al oír esta respuesta. « ¿ Pero qué se ha hecho entonces del dinero? » le pregunté: « ni mi hija ni yo tenemos otro recurso para vivir; y si nos falta quedaremos sumidas en la mayor miseria. ¡ Dios mío! ¿ qué sería de nosotras si tal nos sucediera? » « Yo no lo sé; yo no entiendo de eso, » repuso con frialdad el notario. « Puede ser que vuestro hermano, en vez de poner en mi casa ese dinero, como habéis dicho, lo haya perdido en las especulaciones secretas que lo arruinaron. » « Es falso, » le repuse yo. « Mi hermano era la pura lealtad, y lejos de despojarnos á mi y á mi hija, se hubiera sacrificado por nosotras. No había querido casarse sólo por dejar á mi hija todo cuanto poseía. » « ¿ Y entonces, señora, os atreveréis á decir que soy capaz de negar un depósito que se me ha confiado?... » Me preguntó el notario con una indignación, al parecer tan sincera, que no pude menos de responderle: « Eso no, señor Ferrán; vuestra probidad es bien conocida; pero sin embargo, yo no puedo acusar á mi hermano de un abuso de confianza tan bajo y criminal. » « ¿ Y en que títulos os fundáis para hacerme semejante reclamación? » me preguntó Mr. Ferrán. « En ninguno; pero hace diez y ocho meses que mi hermano, deseando encargarse de mis asuntos, me escribió diciéndome: — « Tengo una colocación excelente para tu dinero á un seis por ciento: envíame tu poder, y depositaré 300,000 francos, que yo completaré, en manos del notario Mr. Jaime Ferrán. » — Envié á mi hermano el poder que me pedía, me avisó que había colocado el dinero, y al cabo de seis meses me libró los réditos vencidos. » « Y no tenéis siquiera alguna carta suya sobre ese asunto? » « No señor: como sus cartas no trataban más que de negocios, no las he conservado. » « Por desgracia, señora, de nada puedo servir, » me repuso el notario. « Si mi probidad no me eximiese de toda clase de sospechas, os diría: Ahí tenéis los tribunales, demandadme: los jueces no vacilarán entre la palabra de un hombre honrado, que hace treinta años disfruta la estimación de la gente de bien, y la declaración póstuma de un hombre que después de haberse arruinado con empresas descabelladas, no tuvo más refugio que el suicidio... Os diría, enfin: Demandadme, señora, si á tal os atrevéis; y la memoria de vuestro hermano quedará para

siempre deshonrada. Pero yo creo que tendréis bastante juicio para resignaros á sufrir una desgracia, grande sin duda alguna, pero de la cual no soy responsable. » « ¡ Pero al fin soy madre, señor Ferrán ! y si me roban mi fortuna, no me queda en el mundo más recurso que algunos muebles de poco valor... y luego que los venda quedaremos en la miseria... en una miseria espantosa, señor Ferrán... » « Habéis sido engañada, señora : siento vuestra desgracia, pero ninguna parte tengo en ella, » me repuso el notario. « Vuelvo á repetiros, señora, que vuestro hermano os ha engañado. Si dudáis entre su palabra y la mía, demandadme : ahí están los tribunales. » — Ya podréis figuraros como saldría yo de casa del notario. ¿ Qué me quedaba que hacer en tan horrible situación? Sin títulos para probar la validez de mi crédito, convencida de la severa probidad de mi hermano, confundida por la negativa de Mr. Jaime Ferrán, sin una persona que me aconsejase, porque vos viajabais á la sazón, conociendo que se necesita dinero para tomar dictamen de los jurisconsultos, y no queriendo exponer lo poco que me quedaba, no me atreví á emprender un pleito de esta naturaleza. Entonces fué cuando... »

Aquí terminaba el borrador, porque algunas líneas que seguían estaban ininteligibles ; más al fin de la página leyó Rodolfo estas palabras :

« *Escribir á la señora duquesa de Lucenay, para el señor de Saint Remy.* »

Quedó pensativo Rodolfo después de haber leído el fragmento de la carta, en el cual se hallaban combinados estos dos nombres de un modo que le llamó la atención. Aunque no estaba probada la nueva infamia de que se acusaba á Jaime Ferrán, se había mostrado aquel hombre tan implacable y desapiadado con el infeliz Morel, y tan infame con Luisa su hija, que la negativa del depósito, protegido por una impunidad segura, no era de extrañar en un miserable como él.

Aquella madre, que reclamaba su fortuna desaparecida como por encanto, estaba sin duda acostumbrada á las comodidades de la vida. ¡ Qué amarga no sería la existencia de aquellas dos mujeres, al ver arruinada su fortuna por un golpe tan repentino, sin conocer á nadie en París, privadas acaso de todo recurso y solas y sin amparo en medio de esta inmensa ciudad !

Sabemos que el príncipe había ofrecido á la marquesa de Harville mezclarla en *algunas intrigas*, diciéndola á la ventura y sólo por aligerar sus penas que tendría que hacer alguna buena obra, porque contaba con que antes de su próxima entrevista con la marquesa no dejaría de presentarse algún infortunio á que atender. Esperaba pues que el acaso le depararía alguna noble desgracia que, según su proyecto, interesaría el corazón y el espíritu de la marquesa. El borrador que tenía en la mano, cuya copia sin duda no había sido enviada á la persona cuyo auxilio se imploraba, indicaba un carácter altivo y resignado, que no sufriría el ofrecimiento de una limosna. En tal caso, ¡ cuántas precauciones y miramientos delicados no era necesario usar para ocultar el origen de un

socorro generoso, ó para que se aceptase este socorro!... ¡ Y cuánta sutileza no era menester para introducirse en la casa de esta mujer, á fin de juzgar si en realidad merecía el interés que inspiraba ! Rodolfo preveía en este lance una multitud de emociones nuevas, tiernas é interesantes, que debían *divertir* singularmente á la marquesa de Harville, según la había prometido.

— ¡ Hola, esposo ! — dijo Alegría á Rodolfo con tono festivo — ¿ qué quiere decir ese pedazo de papel viejo qué estás leyendo ?

— ¡ Qué curiosa eres, querida mía ! — respondió Rodolfo : — luego te lo diré... ¿ Has echo ya tus compras ?

— Sí : vuestros protegidos van á estar como unos reyes. Ahora sólo falta pagar á la señora Salmona, que es mujer que se aviene á la razón... no se le puede negar.

— Otra idea se me ocurre, *esposa* : ¿ queréis ir á comprar, mientras pago á la señora, vestidos para la mujer de Morel y sus niños? Confieso mi torpeza para estos negocios. Haréis que los traigan aquí, y con eso no haremos más que un viaje, y todo lo recibirán junto y de una vez los pobrecillos.

— Siempre os sobra razón, *marido* mío. Esperad un momento, que no tardaré en volver. Conozco á dos mercaderes, de quienes soy parroquiana, y en su tienda hallaré todo lo que nos hace falta. — Y Alegría se marchó, diciendo al separarse de la tendera :

— Señora Salmona, os confío mi marido : ¡ cuidado que no hay que echármelo á perder !

Y ligera como el pensamiento desapareció riendo entre la muchedumbre.

VI

UN DESCUBRIMIENTO

— No se puede negar — dijo la tía Salmona á Rodolfo luego que se marchó Alegría — no se puede negar que tenéis una compañerita de lo más fino. ¡ Cáspita!... Sabe comprar como si nunca hubiera hecho otra cosa. Y luego es tan linda con su cara de rosa, y sus grandes ojos negros y su pelo negro también...

— ¿ No es verdad, señora Salmona, que me puedo llamar dichoso sólo con ser marido de una mujer así?

— Tan dichoso por vuestra parte como ella por la suya... no tengo la menor duda.

— No os engañáis, por cierto. Pero vamos á ver lo que os debo.

— Vuestra linda mujercita no ha querido subir un maravedí de 330 francos